

aproximaciones a la literatura ecuatoriana contemporánea

contactos trascendentes entre la literatura ecuatoriana y la centroamericana

Francisco Proaño Arandi*

Primer escenario: la antigüedad precolombina

El viajero que llega a visitar el conjunto monumental de la iglesia de San Francisco, en el casco colonial de Granada, junto al gran lago Cocibolca o de Nicaragua, está expuesto a un imprevisto asombro: situada en la parte posterior del monasterio, a la intemperie, una galería de grandes monolitos de piedra se extiende ante sus ojos, todos ellos procedentes de los antiguos centros ceremoniales de Pensacola y Zapatera, islas que se yerguen sobre la

enorme y bella extensión lacustre nicaragüense. Se trata de esculturas monumentales, roídas por el tiempo y las aguas, todas ellas representativas de divinidades zoomorfas y antropomorfas.

El viajero que las contempla no puede menos que meditar, una vez que ha verificado la extraordinaria antigüedad de las figuras, en algo que, conforme nos adentramos en el tiempo, tiene que ver con las bases mismas de la cultura y las diferentes cosmogonías existentes en América. La estatuaria de Zapatera tiene sin duda influencias encontradas y diversas y allí radica precisamen-

(*) *Embajador del Ecuador en Nicaragua. El presente trabajo fue presentado como ponencia en el IV Encuentro Latinoamericano de Literatura, que se llevó a cabo en San Salvador, del 21 al 23 de febrero de 1996.*



te su trascendencia y peculiaridad: por un lado, denota los rasgos estilísticos de la escultura maya, especialmente la de Chichén Itzá -es asombroso el parentesco de los grandes ofidios de piedra de Zapatera con las serpientes del Templo de los Guerreros de Chichén Itzá-; por otro lado, evoca los monolitos de la cultura San Agustín, en Colombia. Investigadores como Frederick Thieck¹ y el guatemalteco Manuel Galich² señalan esta doble influencia.

Lo que en verdad importa manifestar al respecto es el carácter de permanente encrucijada de culturas propio de ciertas zonas

del subcontinente, la reiterada interinfluencia entre los procesos civilizatorios del norte y del sur: vale decir, entre las culturas andinas y las civilizaciones de mesoamérica, fundamentalmente.

En este sentido, el istmo centroamericano fue, en particular, una encrucijada desde la más remota antigüedad precolombiana. Pero hay un país que, dada su posición geográfica, tuvo también ese carácter: el Ecuador. El hecho crucial de estar situado en la mitad del mundo -justamente de allí deriva su nombre-, determinó, en remotas edades, que el actual territorio ecuatoriano fuese escenario

de repetidas migraciones y transferencias culturales del norte hacia el sur y viceversa.

Quito, nombre que corresponde al del mitológico reino aparecido hace unos dos mil años, durante el llamado período precolumbino de desarrollo regional (el Reino de Quito), parece significar en lengua vernácula "país de la mitad", es decir, país donde el sol cae perpendicularmente. El nombre de Quito guarda una extraña y secreta correspondencia con el de Ekitu, el más antiguo nombre del Egipto milenario y que coincide precisamente con el nacimiento, en la latitud

1) Thieck, Frederick: *Idolos de Nicaragua*, León, 1971.

2) Galich Manuel: *Nuestros primeros padres*, Casa de las Américas, La Habana, 1979.

ecuatorial, allí donde fluyen también las fuentes del Nilo, de la primigenia fase de evolución de aquella civilización.

Esta condición de encontrarse en el centro del mundo hizo que culturas espléndidas como la de la Tolita, así llamada por haberse encontrado sus yacimientos en la isla de ese nombre, situada en la desembocadura del río Santiago, en la provincia ecuatoriana de Esmeraldas, tuviesen sobre todo un signo, un sentido cosmopolita: verdaderos centros en que confluían corrientes comerciales y migratorias y tenían, a la vez, un carácter religioso y ceremonial.

Descubrimientos recientes comprueban, por otra parte, el intenso intercambio existente entre las culturas andinas y mesoamericanas: un intercambio que era, a la par, comercial, cultural y religioso.

Todo ello ha hecho del territorio ecuatoriano uno de los más interesantes en cuanto al conocimiento de la evolución de los pueblos precolombinos, punto de enlace y transición entre las grandes corrientes culturales de Mesoamérica y los Andes Centrales. El ya citado Manuel Galich, prolífico autor y maestro guatemalteco, señala una coincidencia cronológica en la marcha hacia la civilización desde Mesoamérica, pasando por el territorio ecuatoriano, hasta el altiplano boliviano y sus confines con el noroeste argentino, al menos durante los dos últimos milenios antes de Cristo. Los arqueólogos Emilio Estrada y Clifford

Evans³, al estudiar la cultura Chorrera, que se extendió por el centro y sur del Ecuador y cuya cerámica estiman "no superada por culturas posteriores", comprueban la coincidencia del proceso de expansión de Chorrera y la intensificación del cultivo del maíz, con una invasión procedente del sur de Mesoamérica.

En el llamado período de las culturas regionales (500 a.C. a 500 d.C.), se encuentra un nivel equivalente en los avances de las culturas ecuatorianas (Jamacoaque, Guangala, La Tolita, Bahía) con sus contemporáneas de Mesoamérica y del Perú. El santuario de la isla de La Plata, frente a la costa sur de Manabí, en el Pacífico ecuatoriano, demuestra, en sus vestigios, que los habitantes de esas costas navegaban por el Pacífico, hecho ratificado por la existencia de una cerámica semejante a la mesoamericana y a la de la costa sur del Perú. En la lapidaria, alfarería y orfebrería de esas culturas se han visto vinculaciones con los mayas y los chibchas, entre otros hechos, por el uso de materiales como la jadeíta, de indudable origen centroamericano.

El arqueólogo alemán Max Uhle⁴, tanto como Jacinto Jijón y Caamaño⁵, Paul Rivet⁶ y Otto Von Buchwald⁷, señalan que las poblaciones ecuatorianas pertenecieron, en forma abrumadora, casi todos a la raza chibcha, partida en varias ramas, las cuales, hasta el día de hoy, ocupan casi todo el centro de América, desde el Ecuador y, por Colombia, hasta Costa Rica y el sur de Nicaragua.

3) Estrada, Emilio y Clifford Evans: *Cultural Development In Ecuador, Aboriginal Cultural Development in Latin America an Interpretative Review*, Washington, 1963.

4) Uhle Max: *Estado actual de la prehistoria ecuatoriana*, Quito, 1929.

5) Jijón y Caamaño, Jacinto, *El Ecuador interandino y occidental*, Quito, 1943.

6) Rivet, Paul, *El origen del hombre americano*, México, 1963.

7) Buchwald, Otto von: citado por Galich, *Op. cit.*

Afirma Max Uhle, apoyado por Estrada y Evans:

"El Ecuador, situado en la línea media entre Centroamérica y el Perú -que formó el segundo foco más importante de civilizaciones antiguas-, estaba, por eso, más cerca del país de origen común de las civilizaciones, y de esta manera en situación favorable para el control de los movimientos que, viniendo de Centro América, fertilizaron el desarrollo de todos los países occidentales del continente americano.- Las civilizaciones transportadas de Centro América al sur se presentaron, por eso, en el Ecuador, también con mayor originalidad que en el Perú y más al sur, donde definitivamente llegaron".

Detenido ante la gigantesca estatuaría de la isla de Zapatera, abismado en las extrañas divinidades antropomorfas que nos contemplan desde su arcana antigüedad, en tanto el viento del gran lago de Nicaragua bate las techumbres de teja de la señorial ciudad de Granada, el viajero no puede dejar de meditar en los abisales y misteriosos contactos que, desde hace milenios, tuvieron por escenario la desproporcionada geografía de América, cimentando el rasgo múltiple, contradictorio, desgarrado y espléndido de nuestra peculiar civilización latinoamericana.

Segundo escenario: la etapa colonial

Estos contactos se volvieron naturales e imprescindibles a partir de la conquista de América, impulsados precisamente por la dinámica y las necesidades internas de la colo-

nización española.

Sólo para referirnos al caso concreto ecuatoriano - centroamericano, vale la pena señalar la titánica y frustrada empresa emprendida por Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala hacia 1534, el cual, conociendo de la posible expansión colonizadora de Francisco Pizarro hacia Quito, desde el Perú, decidió adelantarse, capitaneando un grupo de bravos hombres que, partiendo de Antigua Guatemala llegarían a las actuales costas ecuatorianas y de allí, atravesando selvas y nieves eternas, venciendo dificultades sin número, sobrehumanas, caerían finalmente en el altiplano para hacer suyas, en nombre del Rey, las tierras del antiguo Reino de Quito. Lamentablemente para Alvarado, y ante la inminencia de su llegada, un lugarteniente de Pizarro, Sebastián de Benalcázar, junto con Diego de Almagro, se apresuraría a fundar la capital española del Reino, en un lugar distinto al de su actual ubicación, lo que obligaría a Alvarado, verdadero centauro de las indias, a regresar, no sin antes, como era usual, recibir una apreciable compensación en pesos de oro.

El propio Sebastián de Benalcázar, primer intendente o alcalde de León, Nicaragua, dejó ésta para atender el llamado de sus compañeros Pizarro y Almagro y emprender la conquista de Quito. Auténtico fundador de ciudades, lo sería de Quito, el 6 de diciembre de 1534, y de otras como, por ejemplo, Popayán. Al partir de León, llevó consigo algunos indígenas nativos de Nicaragua, entre ellos, unas indias subtiava, por lo que es posible que la sangre indígena ni-

8) Uhle, Max: *Op.cit.*

caragüense se mezcló, en el marco bárbaro de la conquista, con la de nativos o mestizos ecuatorianos.

Entre tanto, de modo paralelo a la gesta conquistadora y sangrienta, más allá del brillo de las espadas y el estruendo de los mosquetes, en el *tránsito del terror español* sobre el aborigen indio, cobraban forma también, como parte inalienable de la empresa colonizadora, los primeros síntomas de una nueva cultura y de una incipiente literatura.

Primero serían, naturalmente, los Cronistas de Indias, que, entre los que llegaron a Quito, debe citarse sobre todo a Cieza de León, autor de la "Crónica del Perú"; Cabello de Balboa y fray Marcos de Niza. Luego, y en el marco de la misión evangelizadora de España, la literatura de carácter religioso y litúrgico. Dentro de esta vertiente, y ya en el siglo XVII, uno de los más celebrados autores quiteños, por su erudición y amenidad fue fray Gaspar de Villarroel, más tarde obispo de Santiago de Chile y de Charcas, en el Alto Perú, Villarroel, autor, entre otras obras, del "Gobierno Eclesiástico y Pacífico", fue hijo del licenciado Gaspar de Villarroel y Coruña, natural de Antigua Guatemala y, según su hijo, uno de los mayores letrados que se vieron en las Indias⁹.

Otros importantes autores quiteños de la época (siglos XVI, XVII y principios del XVIII) fueron los poetas Antonio Bastidas, Jacinto de Evia, el bardo barroco Juan Bautista Aguirre y la religiosa Gertrudis de San Ildefonso, pulida escritora mística.

Más tarde, en la segunda mitad del siglo XVIII, la literatura ecuatoriana deja de girar

alrededor del eje religioso - litúrgico impuesto por la autoridad y avanza bruscamente hacia un estilo, primero neoclásico y, más tarde, abiertamente romántico.

En el interin ha tenido lugar, en la plástica, un fenómeno de amplia repercusión continental: la llamada Escuela Quiteña, esencialmente barroca, que dejará sentir su influencia en diferentes puntos de las colonias americanas, como, por ejemplo, Popayán, Nicaragua, incluso en Antigua Guatemala, y se corresponderá con otras vertientes coincidentes como la denominada Escuela Cuzqueña y de Lima, y con el barroco mexicano.

Al terminar el siglo XVIII, y en el marco de la transición colonial republicana que se opera a luz de las nuevas ideas de la Ilustración, aparecen figuras de gran significación intelectual, entre ellas, Eugenio de Santa Cruz y Espejo, uno de los precursores de la independencia americana, quien escribió, pensó y luchó en el Quito de fines del siglo XVIII, y Juan de Velasco, uno de los jesuitas expulsados de las colonias españolas en 1767, quien escribió en el exilio su monumental "Historia del Reyno de Quito". Ambos sustentan el primer intento por plasmar un verdadero Estado nacional y una intuición de modernidad en las postrimerías del régimen colonial. Espejo plantea no sólo una amplia reforma del régimen político y social imperante, sino también una profunda renovación del lenguaje que se encarna en la crítica despiadada y lúcida del engolado conceptismo imperante. Esta requisitoria contra la cultura oficial se hace evidente en sus obras más representativas: "El Nuevo Lucia-

9) Barrera, Isaac J.: *Historia de la Literatura Ecuatoriana*, Editorial Libresa, Quito, 1979.

no", "Marco Porcio Catón", "La Ciencia Blancardina", "Reflexiones acerca de las vi-ruelas", "Defensa de los curas de Riobamba" y "Primicias de la Cultura de Quito" (el primer periódico quiteño).

A fines también del XVIII y principios del XIX, un intelectual guayaquileño, Rafael García Goyena (1766-1823), escribe en Guatemala, donde murió, sus fábulas a la manera de La Fontaine, pero con un sentido plenamente americanista, síntoma de ese afán de modernidad y de creación del Estado-nacional subyacente a las ideas prevalecientes en ese período de transición.

Tercer escenario: Independencia y República

Al iniciarse la vida independiente, es decir, en el primer tercio del siglo XIX, José Joaquín Olmedo es el gran neoclásico de la literatura ecuatoriana, autor de los magistrales "Canto a Bolívar" (u Oda a la Victoria de Junín) y "Canto a Miñarica", dos poemas épicos que exaltan el sentir heroico de aquellos momentos revolucionarios. Tanto en la literatura, como en la plástica, la iconografía prevaleciente será cívica y exaltadora de lo heroico, lo que, por otra parte, subraya también el tránsito de lo religioso-colonial a lo profano y desacralizado de la etapa republicana.

Más tarde, en la segunda mitad del XIX, otras dos grandes figuras, antagónicas entre ellas, Juan León Mera y Juan Montalvo, asimilan las corrientes románticas prevalecien-

tes en las primeras décadas del siglo XIX europeo. El primero, Mera, escribe su novela "Cumanda", bajo el influjo exótico y conservador de la Atala de Chateaubriand; el segundo, Montalvo, uno de los más importantes prosistas decimonónicos latinoamericanos, luchó toda su vida por los ideales liberales y nos dejó obras fundamentales como "Las Catilinarias", "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", "El Cosmopolita" y "Los Siete Tratados". El crítico nicaragüense Jorge Eduardo Arellano considera a Montalvo, junto a José Martí y Rubén Darío, entre los grandes renovadores de la prosa castellana que luego adquiriría esplendorosa vigencia en el modernismo¹⁰.

Montalvo tiene una especial vinculación con Centroamérica, no sólo por sus contactos con los luchadores liberales centroamericanos de la época, sino sobre todo por el magisterio intelectual ejercido sobre muchos intelectuales centroamericanos de entonces, entre ellos, el más universal de los poetas de esta parte del mundo: Rubén Darío.

Montalvo "prefiguró en nuestro idioma el ensayo moderno que luego cultivaron Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset —afirma Arellano—. Prefería los tratados a los ágiles artículos de periódico; gustaba de construir monumentos, no fluidas miniaturas. Por esa actitud, logró en ocasiones frecuentes una prosa poemática, romántica, cercana al poema en prosa modernista. Darío fue el primero en anotarlo: Poeta —escribía— siempre está con él la resplandeciente

10) Arellano, Jorge Eduardo: *Montalvo en Nicaragua*, separata de la Revista histórico-crítica de Literatura Centroamericana, Vol. 1, No. 1, Extracto del ensayo "Imagen y ámbitos de Juan Montalvo", premio Darío - Montalvo, Managua, 1971.

falange de los poetas. Sus largos y lípidos períodos son semejantes a blancos y firmes escalones de mármol, por donde se sube a un santuario”.

Refiriéndose al caso de la influencia de Montalvo sobre Darío, Arellano anota:

“Antes de su viaje a Chile, Darío tuvo en Montalvo un maestro de la prosa: por él, prácticamente, aprendió a escribir. Desde muy joven el nicaragüense lo había leído suficientemente como para llegar a conocerlo a fondo y sentir hacia él una exagerada admiración. Esta era común en el medio intelectual de su ciudad nativa -León de Nicaragua- y no podía dejar de experimentarla, ya que el apasionado escritor liberal se hallaba en la plenitud de su creación y de su fama. La etapa rubendariana de ‘enfant terrible’, en efecto está marcada por el espíritu montalvino: el adolescente no solo asimila el anticlericalismo de su maestro, sino también su tono personal. Así lo reconocería al recordar años más tarde que en el periódico ‘La Verdad’ -al que había sido llamado- redactaba artículos de combate a la manera de un escritor ecuatoriano, famoso, violento, castizo e ilustre, llamado Juan Montalvo, que ha dejado excelentes volúmenes de tratados, conminaciones y catilinarias”.

En efecto, Montalvo era conocido ampliamente en Centroamérica, particularmen-



te a la luz de las luchas liberales de fines de siglo. “Para la prosa polémica de carácter religioso y político, cultivada por la generación del Ateneo de León -dice, asimismo, Arellano-¹¹, era (el ecuatoriano) un brillante modelo”, que influiría en autores como el leonés Mariano Barreto, el granadino Enrique Guzmán Selva, así como en la generación posterior a Darío.

Otro escritor liberal, muy en la línea de Montalvo, Federico Proaño, debió a la lucha contra los déspotas García Morena e Ignacio de Veintimilla, vivir y morir en el exilio en tierras centroamericanas, patrias frateras que

11) Arellano, Jorge Eduardo: *Op.cit.*

le acogieron generosamente.

Federico Proaño escribió y fundó periódicos en varios países del istmo centroamericano: en Costa Rica, en El Salvador, en Guatemala. En Guatemala fundó, junto con otros intelectuales liberales, el "Diario de Centroamérica" y escribió en sus páginas con el seudónimo de "Rico de Fe".

"Centroamérica —escribe Isaac J. Barrera—¹² ha sido siempre para los ecuatorianos el amistoso refugio en las andanzas de políticos en desgracia o en destierro. En El Salvador —añade— encontró también Proaño puerto seguro, paz y tranquilidad; le amó una hermosa mujer que supo aprisionarlo entre sus brazos, sin permitirle ya el regreso a la patria. La revolución liberal seguía en el Ecuador el curso que confinaría con el triunfo para muchos años. En Centroamérica se preparaban las invasiones de los ecuatorianos revolucionarios, a cuya cabeza se encontraba siempre Eloy Alfaro. Proaño no lo acompañó a la de 1884, por no separarse de la mujer amada". Proaño murió en Quezaltenango el 23 de mayo de 1894, a los cuarenta y seis años de edad. Escritor castizo, ameno, pulido, fácil, que sabía fustigar al tirano cuando era necesario, mereció a su muerte una sentida cronología de José Martí:

"Anoche —dice el gran prosista cubano al enterarse de su muerte— dejó de existir nuestro queridísimo Federico Proaño; tengo el alma desgarrada; ¡usted sabe que lo queríamos tanto!... Para los enemigos del albedrío del hombre, y de su franco empleo en América, no tenía más que uña y diente. Y su

pluma, fina y fuerte, esbozaba de un rasgo, iluminaba de un revuelo, clavaba de un picotazo, se abría, como en dos alas, ante las majestades del hombre y de la Naturaleza. Duerma el ecuatoriano en suelo guatemalteco, donde lo amó un poeta cubano. Es una la América"¹³.

Cuarto escenario el siglo XX

Durante las dos primeras décadas del siglo XX, tardíos epígonos del modernismo y exiliados en su propia tierra, cuatro jóvenes poetas ecuatorianos escriben exquisitamente, pero mueren pronto, alcanzados, unos por el suicidio, otros por la droga, en todo caso protagonistas de una aventura o de una evasión efímeras y fulgurantes. La llamada "generación decapitada" estuvo integrada, fundamentalmente, por los quiteños Ernesto Noboa y Caamaño, Arturo Borja, Humberto Fierro y el guayaquileño Medardo Angel Silva. Coetáneamente a ellos escribió un prosista decadente, aunque pulido y castizo, Gonzalo Zaldumbide, autor de una tardía novela romántica. "Egloga Trágica".

Como en muchas otras latitudes americanas, estos poetas reconocieron la influencia determinante de Darío. A la muerte de éste, en febrero de 1916, varios integrantes de esta generación modernista ecuatoriana, entre otros, Noboa y Caamaño y Humberto Fierro, decidieron guardar luto por tres días.

Según Agustín Cueva¹⁴, la evasión de los llamados "decapitados" pudo ser un sínto-

12) Barrea, Isaac J.: *Op. cit.*

13) Carta de Martí citada por Barrera, *Op. cit.* Pág. 893.

14) Cueva Agustín, *Entre la ira y la esperanza*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1967.

ma de la transformación que había experimentado el país a raíz del triunfo de la Revolución liberal de 1895. Efectivamente, casi todos los modernistas ecuatorianos provenían de la clase feudal terrateniente que había sido desplazada históricamente del poder y sustituida por una emergente burguesía mercantil que tenía por plaza fuerte al dinámico puerto de Guayaquil. Este sentimiento de pérdida o de despojamiento determinaría, de acuerdo con Cueva, un contenido literario de rechazo y evasión de la realidad, un volver los ojos hacia los fuegos artificiales de Europa y al medievoro-mántico, temas que también fueron parte del imaginario rubendariano.

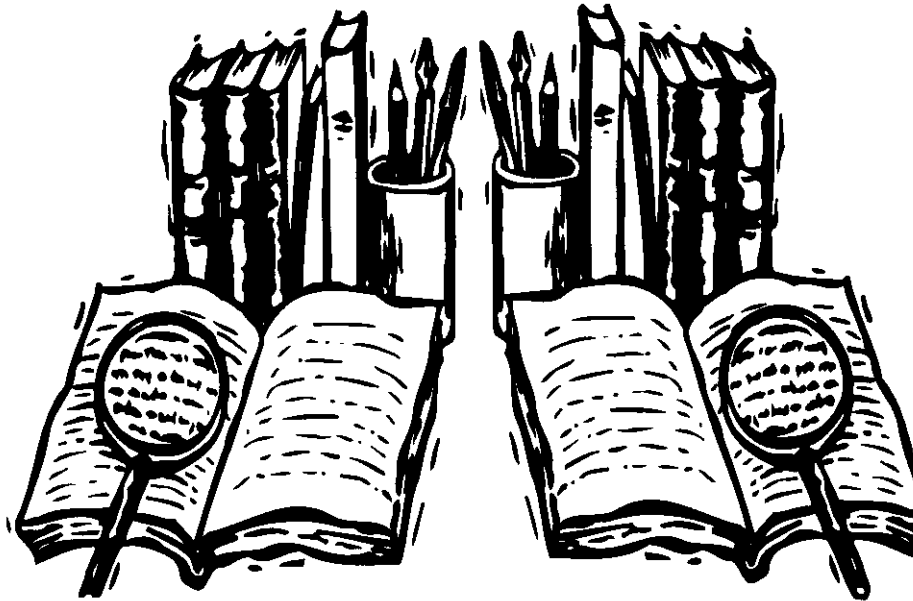
A la derrota modernista, sucede, alimentado por los ecos de la Revolución Rusa y la influencia de la novela regional latinoamericana, un movimiento que reivindica lo nacional, lo telúrico y que imprime a la literatura un tono de protesta social y política. Son precursores de este movimiento Luis A. Martínez ("A la Costa", 1904) y Fernando Chaves ("Plata y Bronce", 1927).

Luis A. Martínez expresa, en su novela, el proyecto liberal que buscaba la democratización y la integración del país: algo que también persiguieron los movimientos liberales centroamericanos de la época. Fernando Chaves, en cambio, es caso típico de autor de transición: en "Plata y bronce", el tema es indiano (no indigenista), pero su prosa es todavía modernista, distinta a la del vigoroso realismo social que adviene en la década de los años treinta y cuarenta.

Sea de ello lo que fuere, ambos anunciaban este movimiento -el realismo social- que, entre sus integrantes, cuenta con escritores de la talla de Jorge Icaza (autor de la novela indigenista "Huasipungo"); Alfredo Pareja Diezcanseco ("El muelle", "Las tres ratas", "Hombres sin tiempo"), el más prolífico novelista que ha dado hasta la fecha el Ecuador; Demetrio Aguilera Malta ("La isla virgen", "Siete lunas y siete serpientes"); José de la Cuadra ("Los Sangurimas"), a quien, por la estructura y la temática de sus obras, se considera un verdadero precursor del realismo mágico latinoamericano; Joaquín Gallegos Lara ("Las cruces sobre el agua"); Enrique Gil Gilbert ("Nuestro pan"); Adalberto Ortiz ("Juyungo"); Pedro Jorge Vera ("Los animales puros"); Ángel F. Rojas ("El Exodo de Yangana"); Eduardo Mora Moreno ("Humo en las eras"); Alejandro Carrión ("La espina"). El gran crítico suscitador de este movimiento fue Benjamín Carrión, polígrafo de estatura continental y fundador de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Lo fundamental de este movimiento, el llamado realismo social de los años treinta, fue el haber vuelto su mirada al paisaje propiamente americano y la recuperación, para la literatura, de los problemas, cosmovisiones e, inclusive, el habla del pueblo, en lo que un crítico y novelista ecuatoriano, Alejandro Moreano¹⁵ ha calificado de "tentativa de toma del poder en el seno del lenguaje". En este sentido, el realismo ecuatoriano de los años treinta y cuarenta asimiló los aportes de la novela regional latinoamericana y

15) Moreano, Alejandro: *El escritor, la sociedad y el poder, La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años*, Editorial El Conejo - Hoy, 1983, Quito.



reivindicó el programa estético de movimientos fundamentales como, para poner un solo ejemplo, el muralismo mexicano.

Paralelamente a estos narradores, un grupo importante de poetas asimilarían los mejores hallazgos de la vanguardia y del creacionismo latinoamericanos: Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, Alfredo Gangotena, Hugo Mayo. Más tarde, otra promoción lírica iría al paso de toda la evolución última de la poesía universal y latinoamericana: Jorge Enrique Adoum (poeta mayor -"Ecuador amargo", "Los cuadernos de la tierra"- y novelista innovador "Entre Marx y una mujer desnuda"), César Dávila Andrade, Francisco Tobar García (poeta, dramaturgo y novelista), Francisco Granizo, Efraín Jara Idrobo, Carlos

Eduardo Jaramillo, Rafael Díaz Icaza, Hugo Salazar Tamariz, entre los de la "generación del cincuenta"; Humberto Vinueza, Ulises Estrella, Rafael Larrea, Raúl Arias, entre los llamados "Tzántzicos" ("Reducidores de cabezas"), movimiento agitacional de los años sesenta; Julio Pazos; Alexis Naranjo; Iván Oñate; Antonio Preciado; Fernando Nieto, y novísimos como Fernando Itúrburu, Fernando Balzeca, Margarita Laso, Edwin Madrid, Ernesto Proaño Vinueza, entre otros.

El llamado Movimiento Tzántzico, surgido en los años sesenta y del cual provienen algunos de los más significativos poetas y narradores del Ecuador actual, proclamó la necesidad de una nueva escritura y de una nueva actitud estética y humana: la percep-

ción del arte como actitud vital; el parricidio (es decir, la rebelión contra sus antecesores, los realistas sociales); la tesis del compromiso de la literatura; la poesía escenificada y agitational; la experimentación formal; la convocatoria a promover una cultura nacional y popular; el carácter subversivo de la actividad intelectual¹⁶.

La actitud tzántzica, que por otro lado se correspondía con la sensibilidad prevaleciente en el ámbito de la cultura en las diferentes latitudes americanas de los años sesenta, marcó profundamente la actitud y la práctica estética de los años posteriores, unido todo ello a la actualidad cultural prevaleciente en el ámbito latinoamericano y mundial. Promovió, además, una renovada reflexión sobre los problemas nacionales y específicamente en relación con la dilucidación de la identidad o del ser nacionales. Alrededor de estas problemáticas cabe citar a importantes ensayistas como Agustín Cueva ("Entre la ira y la esperanza", "El desarrollo del capitalismo en América Latina", "El proceso de dominación política en el Ecuador", entre otros libros capitales); Fernando Tinajero ("Más allá de los dogmas"); Juan Valdano; Bolívar Echeverría; Hernán Rodríguez Castelo; y otros.

Tomando en cuenta la propuesta tzántzica y, en general, el planteamiento de vanguardia propio de los años sesenta, dos poetas merecen un comentario específico por el aporte que están brindando a la evolución actual del hacer poético ecuatoriano: Humberto Vinueza y Fernando Nieto Cadena. Este último, Nieto Cadena ("Tanteos de ciego al mediodía", "De buenas a primeras"), ha

trabajado intensamente con el lenguaje cotidiano y popular, creando una iconografía de la contemporaneidad corrosiva e irónica; Humberto Vinueza, por su lado, ha venido entregando una obra sólida, caracterizada por la experimentación en las posibilidades del lenguaje y el desciframiento y desacralización de mitos nacionales y latinoamericanos, en obras como "Un gallinazo bajo un sol de a perro" —obra de su época tzántzica—, "Poeta tu palabra", "Alias lumbre de acertijo", "quiero envallejarme pero me ennerudo" —título irónico que expresa la evolución interna recorrida por la poesía latinoamericana en este medio siglo—.

Dos poetas centroamericanos, más acá de lo que legaron Vallejo y Neruda, han influido, por decirlo de alguna manera, íntima y entrañablemente, en los nuevos poetas ecuatorianos. Ellos son el nicaragüense Ernesto Cardenal, y el salvadoreño Roque Dalton.

Cardenal, como enlace o médium entre la poesía latinoamericana y los poetas norteamericanos de la generación "beatnick", a más de ser una figura clave del denominado "exteriorismo". Dalton, por su poesía profundamente innovadora e iconoclasta, desacralizadora de la sintaxis y de las "buenas maneras" burguesas, enraizada en las nuevas mitologías revolucionarias que han animado a las últimas promociones poéticas del continente.

En la narrativa, en un movimiento de reacción contra el realismo social de los años treinta, surge, en la década de los setenta y ochenta, una nueva promoción que reivindica el lenguaje metafórico y connotativo fren-

16) Moreano, Alejandro: *Op. cit.*

te a la linealidad realista anterior. Estos autores reconocen como su precursor a Pablo Palacio, escritor que siendo contemporáneo de los realistas sociales del treinta, cultivó un estilo interiorista, esperpéntico, marcado por una profunda introspección y próximo más bien a las experiencias del rioplatense Roberto Arty de los poetas vanguardistas de entonces. La más reciente promoción de narradores ecuatorianos, la correspondiente a las dos últimas décadas, se caracteriza por la interiorización, la ruptura del tiempo narrativo y otras búsquedas poéticas o adopción de instrumentales estilísticos propios de la literatura contemporánea. Entre los cuentistas y novelistas de mayor importancia de esta generación debe citarse a Abdón Ubidia ("Sueño de lobos", "Bajo un mismo extraño cielo"). Francisco Proaño Arandi ("Antiguas caras en el espejo", "Oposición a la magia", "Del otro lado de las cosas"), Raúl Pérez Torres ("Teoría del desencanto", "En la noche y en la niebla"; Iván Egúez ("La Linares", "El triple salto"), Miguel Donoso Pareja ("Henry Black", "Día tras día"), Juan Andrade Heymann ("El lagarto en la mano"), Carlos Béjar Portilla ("Tribu sí"), Jorge Velasco Mackencie ("El rincón de los justos"), Eliécer Cárdenas ("Polvo y ceniza"), Jorge Dávila Vásquez ("María Joaquina en la vida y en la muerte"), Carlos Carrión ("El más hermoso animal nocturno"), Alejandro Moreano ("El devastado jardín del paraíso"), Marco Antonio Ro-

dríguez ("El intruso", "El delfín y la luna"), Vladimiro Rivas ("Los bienes"), Huilo Ruales, Javier Ponce, Javier Váscenez, Raúl Vallejo, Galo Galarza, Edgar Allan García.

El crítico Diego Araujo Sánchez califica de nuevo realismo la narrativa vertebrada por estos autores¹⁷. "La novela ecuatoriana de los últimos años -dice Araujo- ha incorporado a su retórica los nuevos procedimientos, aquellos que son patrimonio de la novela a partir de Proust, Joyce, Faulkner, Virginia Woolf, y que nuestros autores han leído sobre todo en la novela hispanoamericana de las últimas décadas, en Rulfo, Onetti, Cortázar, García Márquez, Lezama Lima, Vargas Llosa, entre otros. Corrientes de conciencia, rupturas temporales y espaciales, simultaneísmo, multiplicidad de puntos de vista narrativos, ficción dentro de la ficción, documentos de la realidad dentro de la novela son, entre otros, recursos usados por nuestros escritores".

Una literatura, la ecuatoriana, que se enlaza profundamente con las más caracterizadas tradiciones de la cultura latinoamericana y universal, y que hoy exhibe, diversa y múltiple, un consistente grupo de poetas y narradores con plena vigencia en el gozoso y a la vez tormentoso camino que debe conducirnos, si no hemos llegado ya, a la "tierra prometida" de la literatura latinoamericana.



17) Araujo, Diego: *Tendencias en la novela de los treinta últimos años, La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años*, Editorial El Conejo, varios autores, Quito, 1983.